

SOBRE EL DISCURSO DE ADOLFO SUÁREZ

Juan Luis CALLEJA

DURANTE una larga temporada, se dijo que España vivía «despolitizada» y se exigió la «politización». De los «politizados» años treinta, recuerdo una tarjeta que mi madre cosió en el revés de mi abrigo, con mi nombre y señas manuscritos, para que sirviera como la chapa de identidad del soldado que va a la guerra. Tenía yo doce años y sólo iba al colegio; pero las ensaladas de tiros eran tan frecuentes como las de tomate y lechuga. Dos de los zafarranchos que pudieron costarme la vida fueron célebres; uno, el que mató, casi al lado de mi casa, a Matías Montero; otro, el que atentó contra Jiménez de Asúa que tenía el mismo portal que unos tíos míos, en Goya, a sólo tres manzanas de mi colegio. Pero, como los chicos no podíamos pasarnos el curso metidos en casa, a mi madre se le ocurrió la tarjeta. Imagino con cuanta ilusión política.

Por lo que se ve, nos estamos «politizando» de nuevo, pero se nos habla menos de «politización». Y eso que ofrece una ventaja: hace más interesantes los discursos. El interés de los discursos es directamente proporcional a la inquietud social e inversamente proporcional al cuadrado de la tranquilidad. A lo mejor explica esta Ley —que ofrezco a la consideración de los hombres de ciencia— la sosería de muchas piezas verbales de los cuarenta años últimos.

Sin el drama casi diario de la República, ni Indalecio Prieto, ni Manuel Azaña, ni Calvo Sotelo ni Gil Robles —lo mismo que Cicerón sin la conjura de Catilina— nunca hubiesen hilvanado aquellas catilinarias que les hicieron brillar en un Parlamento de buenos oradores. Y sin la congoja de las horas que hoy vivimos, tampoco el Presidente del Gobierno nos habría tenido suspensos el sábado pasado. Al parecer, Suárez ha logrado un éxito de público y crítica, no diremos que sin merecimiento. Limpio de palabrería, resuelto, su discurso tuvo un tono a la medida de la ocasión. Yo, que no creo en la democracia liberal, pido a Dios que don Adolfo Suárez acierte, que salga bien lo que se propone, que la historia inmediata desmienta mi opinión. Y le pido que me inspire cómo ayudar. ¿Quién no desea que termine en feliz viaje la aventura en que nos han metido?

Aspiro a prestar mi ayuda revisando dos ideas del presidente Suárez. Una, que «las soluciones definitivas dependen del espíritu con que toda la sociedad quiera responder». Otra, que los atentados y secuestros persiguen estrangular el proceso de evolución hacia la democracia.

Tanto se insiste en lo último que, sin duda, el Gobierno tendrá sus razones; pero nosotros no las vemos por parte alguna. En cambio, las hay para creer que algunos no tienen al Régimen por bien muerto y necesitan arrasar cualquier posible resurrección. Por lo pronto, cada atentado logra reafirmar y consolidar la voluntad del cambio en el Gobierno y en la Prensa. La importancia de este resultado, no precisamente desdiable, podría relacionarse con los propósitos del terrorismo. Y, desde luego, era tan evidente, en sus principios, la intención de tumbar el Sistema que no se entiende cómo lo hemos olvidado.

Durante mucho tiempo, el Régimen esgrimió el progreso, la paz y el orden como justificantes de su gestión, aparte la política social. Resumió este argumento, en sus bodas de plata, con una frase: «Veinticinco años de Paz». ¿Qué respondían sus enemigos? Respondían que las dictaduras sólo dan orden público; que aquella paz era la de los cementerios; que el orden «sólo» es anquilosis, inmovilismo y «despolitización»; y que había que «politizar» el país.

Pero estos tiros salían por la culata. Cuanto más se atacaba el orden, más le gustaba a la gente. ¿Qué se les ocurrió, entonces, a los enemigos declarados del Régi-

men? No lo sé, pero lo sospecho: destruir su imagen de eficaz guardián de la tranquilidad. Por lo menos, eso logró la repentina serie de atentados y secuestros contra policías, guardias civiles, industriales y cónsules extranjeros.

Fue entonces me parece cuando empezó, la urgencia de reconciliarse y cuando el pueblo español prestó oídos a la nueva argumentación: había que restablecer la paz ciudadana y la convivencia; había que buscar salida al callejón en que nos metió la naturaleza de un Régimen sin cauces y sin representación. Había que cambiar hacia el sistema de partidos, garantía segura de legitimidad, convivencia y paz.

Si: fue entonces cuando los españoles empezaron a escuchar todo eso. Los atentados culminaron en el asesinato del almirante Carro en 1973 y en la matanza de varios agentes de la Policía Armada, el 1º de octubre de 1974, el día de la manifestación de protesta contra el incendio y saqueo de embajadas españolas. Poco más tarde, Franco quedó en el Valle de los Caídos.

Y preguntamos: ¿Quiénes pensaban, entonces, que, muerto el Caudillo, terminarían los atentados contra el Régimen? Parece que nadie. No, desde luego, quienes aseguraron, desde el extranjero, que si el «fascista» Juan Carlos seguía en el Trono, ellos acentuarían de tal modo la ola de terror que estallaría otra guerra civil; tampoco, quienes volvieron a escribir mil veces que la única salida a la paz y a la convivencia era la apertura; menos aún, los que hicieron la propaganda a favor del «sí», hablando del «cambio sin riesgo». Y nosotros tampoco, pues creíamos, que ni la Continuidad ni la Reforma evitarían un terrorismo que trabaja en todo el mundo, sin exceptuar las democracias.

No parece tener vuelta de hoja: con la Monarquía del Movimiento y el Régimen de Franco intacto, el terrorismo hubiese usado las metralletas y las bombas, igual que ahora. ¿Y qué explicación hubiese dado el Gobierno? ¿Qué alguien quería interrumpir su decidido propósito de lograr la democracia plena? ¡Hombre, no!

El Gobierno habría ofrecido dos explicaciones que figuraron, por cierto, en el discurso de Suárez; las únicas que debió leer porque eran las justas, a nuestro juicio: Que estos atentados —que no son sólo de aquí ni de ahora, como dijo el mismo presidente—, tratan «de romper la confianza en el Gobierno, cualquiera que sea ese Gobierno» y que se trata de «atacar las estructuras del Estado». No se puede resumir mejor el eterno programa revolucionario, cien mil veces publicado por los enemigos más identificados del Régimen, en particular, y de todas las instituciones de matiz conservador, en general.

Y aquí viene mi modesta ayuda a la salud de la democracia. No son esos enemigos, ni los terroristas, como supone el presidente del Gobierno, quienes pueden «hacerles creer a ustedes que se han equivocado al aprobar la reforma política», sino quienes han presentado el sistema de partidos como una maravillosa vacuna contra la inestabilidad y el desorden. Hay que decir la verdad escueta: que la democracia no es «la salida» ni «la solución» que el Hombre buscaba ya en tiempos remotísimos. La democracia es una herramienta costosa, de difícil manejo, rara en el mundo; cuya validez depende de quien la use, cómo, cuándo, dónde, para qué y por qué. El pueblo español necesita saber cuáles son sus flancos vulnerables y qué armas pueden acabar con ella fácilmente: no tanto los atentados, los hay en todas las democracias como las hostilidades sociales desatadas, las huelgas desmedidas y la ruina que implican. El pueblo español debe saber dónde se ha metido.

Por eso, decirle que «las definitivas soluciones dependen del espíritu con que toda la sociedad quiera responder» es vago y excesivo. Al oírse al presidente, muchos nos habremos sentido arengados y, en nuestros hogares, habremos iniciado un movimiento de colaboración. Acaso nos pusimos en pie tal vez tuvimos un ¡viva! en la garganta y nos agarramos a la silla con arranque solidario; pero, luego, miramos en derredor; estábamos solos, con las miradas inocentes de nuestros hijos. Nos sentamos, despacio. El ¡viva! se quedó en la garganta.

¿Qué podemos hacer? ¿Cuál es el espíritu que se nos pide? ¿La audacia? ¿La imperturbabilidad? Movimos la cabeza, desolados: no podemos evitar que el terrorismo nos asuste, aunque nos notifiquen la eficacia del valor estatuario. El terrorismo está para eso y, además, las intenciones gallardas sirven de poco en soledad.

Creo que, al dirigirse a la sociedad, hay que explicar a qué sociedad nos dirigimos. Los únicos que pintan algo, y mucho, en el problema que ocupaba al presidente y su discurso, son los grupos sociales organizados. Y, a esos, sean materiales o espirituales, políticos o económicos, militares o civiles, no basta pedirles espíritu. Hay que darles medios, órdenes, circunstancias estimulantes, ambiente propicio y autoridad. Diríamos, para terminar, que «el espíritu con que toda la sociedad responda» depende del espíritu con que el Gobierno gobierne.

Juan Luis CALLEJA